

y el mismo obispo pareció durante algún tiempo dispuesto á conservar en Munster la Reforma segun el deseo del landgrave; pero los anabaptistas rechazaron toda mediación de los miembros del imperio, y al mismo tiempo recordaron tarde la necesidad de ponerse en relacion con sus correligionarios de otras partes, ya que en todo el bajo Rhin y en los Países-Bajos habia numerosísimas comunidades anabaptistas, grandes y pequeñas, las cuales estaban poseidas de entusiasmo por el nuevo reino de Dios fundado en Munster. Los escritos de Rothmann acerca de la reforma radical y de la venganza, circulaban en manos de la masa del pueblo, excitándole en términos bíblicos á ejercer la pena del talion. Los revolucionarios se lisonjaban con la esperanza de que algunos príncipes se pondrían de su parte voluntariamente, y hasta en la corte anabaptista corrían voces de la conversión de los reyes de Francia, Inglaterra y Escocia. Sobre todo aquellos fanáticos contaban con el landgrave de Hesse, «como amable protector de la verdad;» pues era el único señor territorial alemán que habia vacilado en aplicar la pena de muerte á los fanáticos anabaptistas, y el rey Juan, de Munster, le escribió una carta confidencial llamándole su «querido Felipe.»

Mas importantes que todas estas tentativas vanas fueron los proyectos de una expedición de auxilio para hacer levantar el sitio de Munster, proyectos que hacía últimos del año se propagaron en los Países-Bajos y en el territorio de Cléveris. Este movimiento de auxilio no estalló, sin embargo, en Amsterdam, que era el foco de aquel fanatismo anabaptista, cuyos adeptos, desnudos y siniestros, brincaron y saltaron entonces por las calles en medio del invierno, lanzando exclamaciones lúgubres y habiendo echado súbitamente todos sus vestidos al fuego, siguiendo el ejemplo de uno de los suyos, vecino de la ciudad, llamado entre ellos *el Niño*. En enero fueron sofocadas las sublevaciones armadas en Groninga y Leyden, y en marzo en la Frisia occidental, en Deventer y en Warfum. En mayo se levantaron los anabaptistas en Amsterdam, capitaneados por un apóstol de Munster llamado Geel; pero también fué sofocada esta sublevación, despues de un combate tenaz, siendo ejecutados con refinada crueldad los revolucionarios que no habian muerto en la lucha. El destino de Munster estaba ya decidido entonces; pero á pesar de ser presa del hambre la población desde algunos meses antes, Juan de Leyden y sus adeptos la tuvieron sujeta con puño férreo, haciendo cortar cabezas á docenas; mientras el pueblo bajo procuraba resistir el hambre comiendo hierba, cuero hervido y otras cosas menos alimenticias todavía. El mismo rey estuvo al fin dispuesto, como dijeron sus consejeros á un enviado del landgrave, á renunciar á su encumbrada posición terrenal; pero las cosas habian llegado á un extremo tal, que no era posible retroceder. Tan bien organizado estaba el imperio del terror y tan amortiguado el ardor de los sitiadores que fué menester la traición de dos tráfugas, uno de los cuales fué aquel Gresbeck, para que los sitiadores se decidieran á intentar una sorpresa en la noche del 24 de junio. Aun así, aquella sorpresa estuvo á punto de fracasar, y hasta la tarde del día siguiente no se rindieron los últimos defensores. Su aspecto era lastimoso; parecían espectros, y mas bien esqueletos que cuerpos vivos. El rey, su lugarteniente Knipperdollinck y su canceller Krechtinck cayeron vivos en poder de los vencedores y fueron ejecutados en la misma plaza de Munster, despues de una larga prisión, en 22 de enero de 1536. El destronado rey de la nueva Jerusalem opuso á los indecibles tormentos con que fué martirizado, pues fueron destrozadas sus carnes con tenazas candentes, el valor heroico de los mártires fanáticos, implorando, aun en el patíbulo, á Dios

Padre. Los cuerpos de los ajusticiados, encerrados en jaulas de hierro, quedaron expuestos durante siglos en lo alto de la torre de San Lamberto; y la ciudad de Munster quedó perdida para el protestantismo á pesar de los esfuerzos del landgrave de Hesse y de otros potentados protestantes.

El movimiento fanático anabaptista habia concluido y los epilogos carecieron de toda importancia, como el originado por Battenburg, que se tituló rey y que fué ajusticiado en el año 1538, y por el pietista David Joris, que se levantó en los Países-Bajos y permitió que sus adeptos, y entre ellos su propia madre, recibieran la muerte, mientras él trataba de salvar su vida bajo un nombre supuesto y fingiéndose protestante ortodoxo. Murió en 1556 y reanimó la tendencia apocalíptica en el obispado de Munster; pero un anabaptista, el frison Menno Simons (que murió en 1561), acabó con todas aquellas locuras y purificó lo que habia quedado de la secta anabaptista, que gracias á sus esfuerzos ha continuado existiendo, bien que muy modestamente, hasta la época actual.

Mas trascendental fué la introducción de la religion anabaptista en Inglaterra, como hemos dicho ya; pero en Alemania habian perdido toda esperanza de existencia no solamente la secta anabaptista sino todo el radicalismo reformista, sin exceptuar á los partidarios aislados del subjetivismo místico, que no querían reconocer ninguna Iglesia para conservar su independencia religiosa. Entre estos figuraron hombres como Schwenckfeld y Franck, que podían contarse entre los mejores hijos de su nación, á pesar del ludibrio que de ellos hizo Lutero en su intolerancia. Habria sido una prueba muy triste para la Alemania del siglo XVI que todas las inteligencias originales é independientes que se separaron del catolicismo se hubiesen sometido ciega é incondicionalmente al reformador de Wittenberg, y que la libertad intelectual completa y el odio á toda servidumbre de la conciencia no hubiesen encontrado ningun abogado bajo la presión de la nueva Iglesia reformista.

Gaspar Schwenckfeld de Ossing, místico, devoto y escritor, era noble, natural de Silesia; fué perseguido igualmente por los católicos que por los luteranos, y recorrió la Alemania meridional, adquiriendo con sus sermones gran número de adeptos, entre ellos muchos predicadores protestantes. Fué un precursor verdadero del pietismo y se rozó mucho en sus doctrinas con los anabaptistas; murió en 1561. Como él perteneció Sebastian Franck de Donauworst á los místicos radicales, á pesar de predicar contra las debilidades de las sectas. Hase le llama «caballero de la razón,» porque además de su notable talento para poner al alcance del pueblo sus especulaciones profundas, lo que le acerca mucho á Lutero, se le parecia también en su propaganda incansable. Hubo de ganarse la vida penosamente como jabonero é impresor á fin de vivir independientemente del pueblo, al cual comunicó así sus ideas religiosas sin pedirle nada en cambio. Fué perseguido por los fanáticos ortodoxos luteranos, lo cual dió á las críticas que hizo de su época, de la Reforma y de sus héroes y notabilidades un carácter muy pesimista junto con un amor á la verdad incorruptible. Sus escritos, y en primer lugar su «Crónica y Biblia histórica,» publicada en 1531, son una verdadera mina de observaciones, cuya ingenuidad y finura sorprenden á menudo, no obstante la superficialidad de la mayor parte de sus estudios históricos y geográficos. Se le ha calificado como fanático de la independencia, rasgo bastante frecuente en las personas mas notables del Renacimiento y que impidió á este varon el hacer justicia á su época, llena de lucha y que pedia caracteres enérgicos. A pesar de sus defectos no puede negársele el mérito de que en lugar de poner su talento al servicio de la corriente dominante,

CAPITULO VII

LA LUCHA POR LA DINAMARCA

eligió la vida dura y penosa de un hombre puesto fuera de la ley, á fin de poder decir á su época su opinion sincera. Así acertó en realidad á señalar el cáncer de la reforma religiosa alemana cuando criticó la sustitución del Papa personal por otro Papa de papel, ó sea la devoción material por la devoción de la palabra, que le hacia encontrar en las nuevas iglesias menos libertad religiosa, de palabra y de fe que entre los paganos y turcos. Así dice en un pasaje que el mundo ha de tener un Papa, quiéralo ó no, aunque lo hubiese de robar ó sacar de las entrañas de la tierra, en cuyo servicio pudiese crear cuanto éste, su Papa, le dijera; y si le volviesen á quitar este Papa, cada día se buscaría otro. Franck fué enemigo de toda autoridad religiosa humana, reconociéndola no obstante como un mal necesario. Rechazó todas las ceremonias, que calificó de judaismo y particularmente los sacramentos. Las polémicas y disputas dogmáticas eran para él juegos de manos, y toda fundación de Iglesia nueva una obra de secta y por consiguiente parcial, diciendo: «Yo considero, como San Pedro, hermanos míos á cuantos en todos los pueblos del mundo buscan á Dios.» Su creencia de que nadie habia adivinado la verdad, debia conducir necesariamente á una tolerancia completa; y por eso condena toda revolución, no obstante sus ataques teóricos contra la Iglesia, el Estado y la propiedad. Era aquel santo varon un discípulo legítimo del misticismo de la Edad media de Tauler y de la teología alemana, lo cual no impide que por su idealismo incorregible fuese un verdadero revolucionario. También lo habia de esta especie en el campo católico, como por ejemplo Teofrasto Bombasto Paracelso de Hohenheim (que murió en 1541), médico de gran talento y aficionado al éxtasis místico, el cual, fiel á su lema, *alterius non sit qui sui esse potest*, comparó á los dos adversarios, á Lutero y al Papa, con dos ramaras que se llenan de denuestos á pesar de ser igualmente culpables. Este autor se levantó con su filosofía natural y fantástica sobre todas las disputas dogmáticas, diciendo que el creyente que no es filósofo no puede ser sabio en la fe; que es rico aquel que reconoce á Dios en sus obras y que cree en Dios por estas mismas obras, y no como el ciego que cree en el color sin saber lo que es. Otro platónico por el estilo de Paracelso fué Agripa de Nettesheim, que sin querer sacrificar la Iglesia romana al invencible hereje Lutero, rechazó la ingerencia de la Iglesia en su magia religiosa del conocimiento y comunidad de Dios, y dirigió sañudos ataques á la nobleza y á los soberanos. Todos estos revolucionarios científicos y eruditos tuvieron sus puntos de contacto con el radicalismo reformista.

Ranke, al exponer el carácter de Paracelso, ha emitido un juicio aplicable á muchos otros personajes de esta clase, que, segun él, ha producido en bastante número la nación alemana y que se distinguan por su rara erudición, sus ideas y sentimientos profundos, su sobriedad, indocilidad y fantasía; pero que todo lo exageraron, como en este mismo libro hemos visto que exageró mas de un jefe del radicalismo reformista.

Ranke reconoció la afinidad interior de todos estos elementos producidos por la fermentación social, diciendo que las inspiraciones de Munzer, las tentativas socialistas de los anabaptistas y las teorías de Paracelso son tan afines, que reunidas hubieran cambiado la faz del mundo.

Nos falta considerar todavía un movimiento cuya alianza con el anabaptista hubiera conducido al triunfo, á lo menos pasajero, de la democracia sobre la autoridad de los soberanos, á saber: la revolución de la clase media en el Norte de Alemania. También faltó á esta revolución como á la sublevación de los campesinos la primera condición indispensable á su triunfo, la unidad de acción.

En el tercero y cuarto decenio del siglo VI se introdujo en el Norte de Europa un cambio radical en las condiciones eclesiásticas y políticas. Con la introducción de la reforma religiosa en la Escandinavia coincidió la agonía del dominio marítimo de la liga anseática. Con esta lucha se enlazaron los intereses encontrados de los príncipes y de las ciudades alemanas, además de la política imperial y de otros infinitos intereses. En último término giró la gran contienda sobre el dominio del Báltico, en el cual se habian sucedido sucesivamente, como dice Dietrich Schafer, los alemanes, los holandeses y los ingleses. Se ha tratado de explicar la decadencia de la liga anseática por infinidad de motivos y razones; pero si bien á fines del siglo XIV la unión de los reinos escandinavos habia herido de muerte al poder anseático, y aunque prescindiendo de muchos ataques menores el comercio del Norte de Alemania experimentó una gravísima derrota con el cierre de su factoría de Nowgorod, se sostuvo esta liga por medio de su dominio sobre el estrecho que separa el Báltico del mar del Norte y solo murió al perder este dominio. El que ejerció el comercio alemán sobre aquel estrecho, tuvo por base la dependencia política de Dinamarca de la liga anseática. Quebrantada esta dependencia se emancipó necesariamente la Holanda y despues de ella el comercio inglés del pesado yugo del monopolio mercantil del comercio alemán, lo que abrió á aquellas dos naciones el Báltico con las dilatadísimas comarcas que abastecía aquel comercio; de suerte que puede decirse que la provision del trono de Dinamarca, del que habia tratado de apoderarse en otra época la ciudad de Lubeck, contribuyó á cambiar las posiciones políticas, no solamente de Escandinavia y de la liga anseática, sino también de los Países-Bajos y de Inglaterra.

Desde antigua fecha habia sido la ciudad de Lubeck la reina del Báltico, á cuyos alcaldes trató el emperador Carlos IV de «señores,» es decir, de potentados; y en efecto, esta ciudad fué, tanto en la liga anseática como en la liga mas reducida de las ciudades vendas, la que dominaba; solamente que la organización de la liga anseática jamás habia sido sólida, y debia suceder irremisiblemente que sus miembros mas occidentales como Colonia y despues de esta ciudad los holandeses, empezaran á atender á sus intereses sin tener en consideración al grupo propiamente báltico.

Ya en el siglo XV se ocuparon los holandeses en penetrar á cualquier precio en el Báltico, del cual estaban excluidos, encontrándose en este punto con su aliada natural, la Dinamarca, tanto en concepto mercantil como en el terreno de la independencia y libertad nacionales, porque la pretensión de la liga anseática de imponer su asentimiento á todo cambio del trono de Dinamarca era igualmente insoportable que el rígido egoísmo con que la liga rechazaba todo cercenamiento de su monopolio comercial. Los miembros de la liga declararon una vez en Inglaterra que no consentirían el menor ataque á sus privilegios, que eran tales que no podían ser anulados ni reducidos. No obstante, su sistema de comercio, con los depósitos forzados y las compras al contado, era anticuado, en vista de la tendencia creciente á facilitar las comunicaciones mercantiles, y al mismo tiempo empezaba á ser dudosa en muchos casos la proverbial rectitud del comerciante alemán.

La ciudad de Dantzig se habia librado ya de la tutela de la liga entrando en tratos directos con Inglaterra; y Lubeck, desde la caída de Nowgorod (1494), no pudo sostener su hegemonía frente de Dantzig, la mediadora mercantil en-

tre Inglaterra y Holanda y los países del interior hasta la frontera turca. Por aquel mismo tiempo el comercio de los Países-Bajos, favorecido por su floreciente industria y por la política borgoñona, cada vez mas propia de un grande Estado, habia trasladado su centro desde Brujas á Amberes; á lo cual se agregaron luego la union entre los reinos escandinavos y el advenimiento de la dinastía de Habsburgo, heredera de la poderosa Borgoña. Ya el rey de Dinamarca, Juan, habia abierto á los holandeses el estrecho del Sund, á despecho de la ciudad de Lubeck; y su hijo, el enérgico Cristian II, cuñado de Carlos V, se dispuso á crear una verdadera monarquía á expensas de las aristocracias escandinavas y del comercio privilegiado alemán; á cuyo fin fomentó en Dinamarca la reforma religiosa, con intencion de llamar á Copenhague á Lutero y Karlstadt, mientras se servia de medios eclesiásticos y hasta de la excomunion del Papa para dominar á la nobleza sueca. Su plan bien meditado se dirigió primero á quebrantar el poder de los estamentos privilegiados, es decir, del clero y de la nobleza, á cuyo fin procuró librar al pueblo de la presion de estas dos clases por medio de la Reforma y de un nuevo código. Al mismo tiempo en Suecia organizó contra la aristocracia y contra la opinion nacional separatista la horrible matanza de Estokolmo (diciembre de 1520), que con sus muchos epilogos hizo centenares de víctimas. Cristian, para fundar su dominio sobre las clases bajas, siguió la misma conducta que habian seguido los gobernantes suecos, á quienes tanto habia combatido. La riqueza y opulencia de la clase media de los Países-Bajos tenian deslumbrado á Cristian, el cual para introducir esta prosperidad en su país quiso hacer de Copenhague el centro del comercio entre el mar del Norte y el Báltico. Por otra parte procuró entrar en relaciones con la Rusia, con los Fugger y con Inglaterra, y fundó una compañía mercantil escandinava, haciendo la guerra mercantil contra la liga anseática por medio de impuestos. Su gobierno tuvo algo de grande, pero al mismo tiempo se enajenó las simpatías generales con sus pasiones indómitas y su ambigüedad calculada. Su doble juego con los reformadores de Wittenberg y con Roma se explica bien al observar que llamándose abogado del oprimido pueblo dinamarqués, declaró en sus negociaciones con Enrique VIII que era obligacion de todos los príncipes auxiliarse mutuamente contra la resistencia cada día mayor de los plebeyos. Verdad es que al hablar así pensaba en sus enemigos mortales, los republicanos de las ciudades del Norte de Alemania.

Esta conducta extremada del rey Cristian pareció resultar favorable para la ciudad de Lubeck; porque con el auxilio de esta ciudad se verificó la revolucion que en poco tiempo convirtió á este soberano de los tres reinos escandinavos en simple pretendiente fugitivo. En Suecia un jóven, pariente de los Sture, llamado Gustavo Wasa, se puso á la cabeza del movimiento nacional, cuyos primeros defensores fueron los campesinos de Dalecarlia; y en Dinamarca el clero y la nobleza, envalentonados por la revolucion sueca, llamaron al trono al duque Federico de Holstein, tío de Cristian. Con la huida de Cristian II (en abril de 1523) quedó deshecha para siempre la union escandinava; y aunque se echaron á volar en la corte de su cuñado el emperador los proyectos mas estrambóticos, como la transformacion de los tres reinos del Norte en otros tantos feudos del imperio, y aunque se propuso su incorporacion á los Estados hereditarios de la casa de Habsburgo, no habia que pensar en prestar auxilio enérgico á Cristian II, porque á los holandeses interesaba mas que todo su comercio y les tenia mas cuenta un tratado ventajoso con el nuevo rey de Dinamarca que auxiliar al rey destronado.

La ciudad de Lubeck y sus compañeras de la liga anseática solo pudieron conseguir del nuevo rey de Dinamarca igualdad de derechos con los holandeses; pero respecto de la Suecia, que no podia dispensarse de la importacion de sustancias alimenticias de Alemania, parecia tener la liga anseática una situacion tanto mas ventajosa, cuanto que el nuevo rey Gustavo Wasa no se hallaba todavía muy consolidado en su trono; de suerte que Lubeck, Dantzig y demás ciudades aliadas consiguieron el monopolio mercantil, en virtud del cual todos los demás comerciantes extranjeros quedaron excluidos de Suecia y hasta á los mismos suecos se prohibió la navegacion por el Sund Belt, es decir, la comunicacion con el Oeste.

En esta situacion tan poco determinada se presentó un nuevo elemento de transformacion con la reforma religiosa, cuyas causas y consecuencias fueron diferentes y hasta opuestas en los reinos escandinavos y en Lubeck. En Dinamarca cooperaron singularmente el rey destronado y su sucesor para desarrollar los gérmenes de la Reforma introducidos en el reinado de Cristian. Este rey destronado, segun pareció á Lutero, vivia estrictamente segun pide Cristo; y mientras enviaba en 1524 á Alemania la primera traduccion en idioma danés del Nuevo Testamento, adornada con su retrato, su sucesor Federico I no ocultaba las simpatías que le inspiraba la religion reformista, que habia profesado ya siendo todavía duque, á pesar de haber dado su palabra al clero y á la nobleza de Dinamarca de no perdonar la vida á ningun hereje; y ya hemos visto que hasta protegió en alguna ocasion las tendencias apocalípticas de Hofmann. Juan Taussen, hijo de labradores de Fuhnen y ex-fraile, que habia estudiado en Wittenberg, fué en Dinamarca el alma de la reforma religiosa; y el rey consiguió en el parlamento reunido en Odense en 1527 que hasta la reunion del concilio general católicos y protestantes disfrutaran de libertad religiosa completa, pudiendo además casarse los clérigos y frailes. Pronto figuró en primer término la parte económica del cambio eclesiástico tanto en Suecia como en Dinamarca; solo que en Suecia ocupó esta cuestion el primer lugar, porque fué el único recurso que tuvo Gustavo Wasa para robustecer su pobre reino. La Suecia habia recibido tambien el impulso de la poderosa corriente religiosa de aquel tiempo, y varones notables como Olaus Petri y su hermano Lorenzo, que despues fué canciller, se dejaron dominar por la influencia de Lutero; pero mas que estos y otros adeptos de la Reforma fué ésta en Suecia principalmente obra del rey, que empeñó en ella toda su imponente autoridad política y personal, y en un escrito que dirigió en 1523 al Papa le amenazó con apelar á Cristo como pontífice máximo. Algunos años despues efectuó la completa secularizacion de los bienes de la Iglesia, secularizacion que habia preparado ya por medio de grandes préstamos sacados de las iglesias y conventos, y que procuró justificar escribiendo á uno de sus obispos: «La necesidad quebranta no solamente las leyes humanas sino tambien las divinas.» En una ocasion pronunció al aire libre un discurso ante el pueblo, diciendo que debian ser expulsados de sus haciendas los vagos, es decir, el clero degenerado, como Dios habia expulsado á nuestros primeros padres del paraíso. Esta, sin embargo, no fué la opinion del pueblo sueco, el cual atribuyó la situacion económica aflictiva del país al nuevo gobierno; y en 1525 y 1527 se levantaron contra su antiguo jefe los dalecarlios, que en todo tiempo habian deseado no tener mas amos que ellos mismos. En Suecia como en Inglaterra cayó la religion católica contra la voluntad del pueblo bajo, mientras en Alemania fué el pueblo irritado el que levantó primero la mano contra Roma. En Suecia se efectuó el «golpe de Estado,» como Veidling le llama, amenazando Gustavo

que, de no obedecerle, renunciaria á la corona en el parlamento de Westeras. En este parlamento, que se reunió en el verano del año 1527, fué proclamada la reforma luterana única religion legal, repartiéndose el rey y la nobleza el botín material. Desde entonces la nobleza se apoderó de todos los bienes libres de impuestos que habia adquirido la Iglesia desde el año 1454, en lo cual los obispos se declararon conformes. ¡Cuán diferente fué el avance de la reforma religiosa en las ciudades del Norte de Alemania, donde casi siempre se presentó la tendencia reformista unida al deseo de innovaciones políticas y sociales, al paso que las autoridades, al defender la religion católica, defendian sus propios intereses! En Hanover, la sublevacion armada de los reformistas en 1533 produjo la destitucion del consejo municipal y fatales excesos del populacho. Mas graves fueron las conmociones revolucionarias que ocurrieron en Bremen, donde en los años 1530 y 1532 la democracia trató de consolidar su dominio por medio de escenas de terror y de desenfreno, y lo mismo sucedió en Lubeck. Por su parte Hamburgo realizó en 1528 sin grandes trastornos un cambio á la vez político y religioso, y su consejo municipal procuró conservar el carácter aristocrático y católico del gobierno, hasta que en el año 1529 la situacion económica le obligó á acceder al deseo de la poblacion y darle predicadores reformistas. Desde entonces creció la osadía de los hombres del progreso, y hasta hubo saqueos no solamente de iglesias sino tambien de comercios de patricios. Esta corriente elevó gradualmente á Jorge Wullenwever, de opiniones á la vez reformistas, democráticas y anseáticas.

Se ha hablado de la influencia del clima marítimo en la inteligencia, afirmándose que despierta y estimula en ella el espíritu de grandes empresas, y esto sucedió tambien en las repúblicas marítimas del Norte de Alemania, sobre todo en Lubeck. Es difícil decir ahora qué parte de los grandes proyectos políticos del cuarto decenio del siglo XVI correspondió á la persona de Wullenwever, que fué elegido alcalde de Lubeck en febrero de 1533, en cuya situacion encontró como auxiliares á Juan Oldendorp, natural de Hamburgo, síndico de la ciudad de Rostock, juriconsulto notable, ambicioso é inquieto pero sin convicciones firmes, y Marcos Meyer, tambien natural de Hamburgo y militar perito, que si bien de oficio herrero y forjador de anclas, habia mandado las tropas de Lubeck contra los turcos. Meyer era verdaderamente el ideal de los soldados mercenarios alemanes y de la vida de la clase media acomodada; cuando se casó en Lubeck entró en la ciudad para presentarse en casa de la novia armado de piés á cabeza con un séquito de 24 jinetes, montados en soberbios caballos y armados tambien, y con varios carros tirados por doce caballos y montados por mujeres, todo precedido por tambores y pífanos. Wullenwever declaró despues, si bien lo hizo en el tormento, que Oldendorp simpatizaba con los anabaptistas y hacia la propaganda por ellos, lo cual tiene mucha probabilidad á su favor; y la verdad es que la democracia de Lubeck entró rápidamente en una senda en la cual debia desear asociarse todos los elementos radicales á su alcance.

Los holandeses, enemigos mortales de Lubeck, concedieron con repugnancia su auxilio al rey Cristian II cuando, reconciliado con Carlos V por su vuelta al catolicismo, se puso en campaña en otoño de 1531 para reconquistar los reinos del Norte, habiéndose unido á los buques dinamarqueses que iban contra él otros buques de Lubeck. Cristian II se estableció por lo pronto en Noruega; pero cometió la torpeza de entregarse en manos de sus enemigos aceptando una entrevista con el rey Federico, bajo la garantía de un salvo-conducto. Una vez en poder de Federico, fué conducido al castillo de Sonderburg en 1532 y allí permaneció preso hasta

su muerte, ocurrida en 1544. La ciudad de Lubeck no recibió en cambio de su auxilio el de Dinamarca contra los holandeses, y la Suecia denunció el duro tratado de 1523; ni tampoco valió á la ciudad de Lubeck la calidad de miembro de la liga de Smalcalda, porque la mayoría de los príncipes reformistas no tenia el menor deseo de hacer causa comun con republicanos que habian abolido su antigua constitucion aristocrática. En esta situacion el gobierno de Lubeck echó mano de los medios mas desesperados para tomar parte en la gran lucha que á la muerte de Federico I (abril de 1533) se trasladó de los Países-Bajos á Dinamarca. En marzo del año 1534 deshizo Wullenwever el proyecto que se habia formado de derribarle de la alcaldía, apelando al vecindario, y saliendo de esta prueba mas que nunca dueño de la ciudad. En esta situacion hizo un armisticio con los holandeses para mantener el derecho de su ciudad, usurpado en el tiempo glorioso de 1370, de conceder la corona de Dinamarca al



Taler de plata de Gustavo Wasa, rey de Suecia (tamaño del original, existente en el Museo Numismático de Berlin)

Anverso: En el centro el busto del soberano; la inscripcion circular dice: GUSTAVVS : D : G : SVE (corum) GOT (horum) VVAN (dalorum) REX.—Reverso: En el centro la imagen de Cristo, con las huellas impresas en su cuerpo por la crucifixion; inscripcion circular: SALVATOR . MVNDI . A DIVVA . NOS . 45 (año 1545).

candidato que quisiese, y en un documento declaró esta ciudad: «Sabemos, por la gracia de Dios, que en virtud de nuestros privilegios y fueros no puede elegirse en Dinamarca ningun rey sin nuestra noticia y consentimiento.»

Cristian de Holstein, el hijo del rey Federico, y el consejo del reino de Dinamarca pactaron su paz con el gobierno de Borgoña, no sin hacerse conceder el jóven príncipe una pension del emperador; y además Carlos V se decidió á no prestar su auxilio á su cuñado contra el duque de Holstein, su sucesor en el trono de Dinamarca. Cristian era hombre prudente y circunspecto, luterano decidido y alemán de corazón, y de consiguiente tan poco amigo de los dinamarqueses, que hubiera renunciado mas fácilmente á la sucesion en el trono de Dinamarca que los nobles holsteineses que estaban detrás de él, entre ellos hombres como Juan de Rantzau, mayordomo de palacio que fué ya en vida de Federico, considerado como el verdadero rey y cuya amistad solicitaron Carlos V y Francisco I por ser militar perito. Ninguno de estos personajes estaba dispuesto á recibir la corona real de Dinamarca de manos del alcalde de Lubeck; por tanto Wullenwever, rechazado por Cristian, ofreció la corona de Dinamarca al príncipe elector de Sajonia. Entretanto Marcos Meyer habia pasado á Inglaterra, donde Enrique VIII le cobró aficion. Meyer, con la esperanza de ser nombrado protector de una grande union escandinava, aprovechó esta ocasion para ofrecer al monarca británico una alianza y aun la corona de Dinamarca. De regreso á su país, dió principio á la guerra de su propia autoridad, apoderándose en mayo de 1534 por un golpe de mano de una plaza fuerte del Holstein,

Wullenwever no tuvo escrúpulo en confiar la dirección de la campaña contra Dinamarca al conde Cristóbal de Oldenburgo, pariente del rey prisionero; mientras el cuñado del rey de Suecia, el conde Juan de Hoya, se encargó de la campaña contra este monarca; al propio tiempo el hijo del último Sture manifestó sus pretensiones á la corona sueca, pues la ciudad de Lubeck hizo cuanto pudo para atraerse aliados, sirviéndose como cebo de las coronas escandinavas y prometiéndolas también al duque Alberto de Meklemburgo. De las ciudades anseáticas solo se pusieron de parte de Lubeck: Rostock, Wismar y Stralsund; pero en cambio contaba Lubeck con las simpatías de los alcaldes de Copenhague, de Malmo y de Estocolmo, que eran del partido democrático ó popular y deseaban el exterminio de la nobleza en sus respectivos países. Los campesinos de Dinamarca se levantaron, en efecto, pidiendo venganza contra sus opresores, los nobles, que según el juicio del canciller de Federico I, habían merecido el odio. Muchos individuos de la nobleza se salvaron sometiéndose y prestando homenaje al rey preso, representado por el conde Cristóbal de Oldenburgo, su primo. Solo en Jutlandia y Fuhnen permaneció la aristocracia fiel al duque Cristian, al cual proclamó rey en el mes de junio de 1534.

El carácter democrático de esta empresa enajenó á la ciudad de Lubeck las simpatías de los príncipes protestantes del imperio. El duque Alberto de Prusia se puso en el acto del lado del duque de Holstein, que contó también con las simpatías de los jefes de la liga de Smalcalda, Felipe de Hesse y Ernesto de Luneburgo; y Juan Federico, que durante algún tiempo se había lisonjeado de conseguir la corona que se le había ofrecido, renunció al fin á su esperanza. Si á esto agregamos que entonces se verificó el movimiento revolucionario de Munster, se comprenderá que los príncipes y la nobleza de toda la Alemania del Norte se creyeran expuestos á un peligro inminente, á pesar de faltar á los jefes de Lubeck el auxilio de una potencia notable y hasta un apoyo sólido en el interior de la ciudad. Cuando en setiembre de 1534 se decidió Cristian III á atacar directamente la ciudad de Lubeck poniéndola cerco por mar y tierra, los vecinos furiosos se sublevaron contra sus jefes, hasta entonces tan ensalzados. Entonces se convino entre los dos beligerantes en hacer la paz en territorio alemán y en proseguir su guerra en Dinamarca; mas desde entonces estaban contados los días de los jefes democráticos de Lubeck, pues que se restableció la antigua organización del consejo municipal y se permitió el regreso de los contrarios á los jefes gobernantes. Estos esperaron en vano auxilio extranjero; Enrique VIII, que había prometido subsidios, procuró ganar tiempo formulando exigencias exageradas, y finalmente resultaron como única salvación de aquella democracia reformista el emperador y el gobierno de los Países-Bajos. El alcalde de Lubeck se manifestó dispuesto á facilitar la corona de Dinamarca á Federico del Palatinado, que se casó con una hija de Cristian II, lo que hubiera colocado al catolicismo y á la casa de Habsburgo, al mismo tiempo que á los holandeses, en posición dominante en el Báltico. La verdad es que Carlos V solo pensó seriamente en la candidatura de Federico del Palatinado después de haber hecho la paz la ciudad de Lubeck y cuando ya estaba decidida la sucesión al trono de Dinamarca; porque en el mes de junio de 1535 vencieron casi simultáneamente el ejército de Cristian III, en la isla de Fuhnen, á la fuerza enemiga, mandada por el conde de Hoya, y la escuadra del mismo Cristian cerca de la isla, reforzada con buques prusianos y suecos, á la escuadra contraria, en la cual la liga anseática no tenía mas que ocho buques de guerra. Algunos meses después Wullenwever, que esperando

todavía auxilio de Inglaterra se había dirigido á la comarca de Hadeln para contratar allí una turba de soldados mercenarios, cayó en manos del arzobispo de Bremen, que le entregó á su hermano Enrique de Brunswick. Después de una larga prisión y de haberle aplicado repetidas veces el tormento, fué decapitado en 24 de setiembre de 1537, cerca de Wolfenbittel, y su cadáver descuartizado. De todas las acusaciones graves levantadas contra él, por ejemplo la de haber querido vender la ciudad de Lubeck á Borgoña y haber estado en relaciones con los anabaptistas, ninguna se ha probado; de forma que la muerte de este infeliz fué un verdadero asesinato jurídico. Marcos Meyer, que se sostuvo bastante tiempo en una fortificación danesa, se rindió en 1536 y fué también ajusticiado.

Con esto quedó sofocado para siglos el último movimiento democrático en Alemania, porque se había propuesto fines imposibles. Su propósito fundamental de conservar el comercio moderno, á pesar de su fuerza expansiva, dentro de los antiguos y reducidos moldes, era el anacronismo propio de un pueblo de horizonte estrecho. No era posible que las potencias marítimas, lanzadas en una carrera nueva del comercio oceánico, pudieran ya someterse al dominio de pueblos pequeños de las costas bálticas con sus ideas gremiales. La Edad media empezó á ser reemplazada entonces en todas partes por la Edad moderna y no podía mantenerse en el mar la Edad media vetusta de Alemania; de modo que las ciudades anseáticas solo se habrían mantenido cortísimo tiempo aunque hubieran tenido todo el poder político de sus mejores épocas, mucho menos siendo en realidad las potencias minúsculas mas débiles de Europa. Verdad es que sus adversarios, los reinos escandinavos, no eran tampoco imponentes, si bien se habían librado ya de la intervención extranjera; pero todavía dominó en Dinamarca como en Suecia una nobleza de la peor especie, y por el año 1540 se levantaron los campesinos suecos, instigados en parte por el clero católico y por intrigas austriacas, contra la corona, falta de dinero, y contra la nobleza, no menos codiciosa. En Dinamarca, donde Cristian III después de su entrada en Copenhague había resuelto la cuestión eclesiástica con la prisión de todos los obispos y con la confiscación de los bienes de la Iglesia, empezó para los campesinos un largo período de la mas abyecta servidumbre, siendo tratados peor que perros. Aquellos magnates tiranuelos, exentos de todo impuesto y contribución, no eximían de la servidumbre ni á los hijos de los predicadores ó eclesiásticos protestantes; y en el año 1570 uno de ellos, usando de su derecho jurisdiccional, hizo ajusticiar al cura de su parroquia.

Para el porvenir de la reforma religiosa fué, no obstante, una inmensa ventaja que los Estados escandinavos, libres ya del dominio mercantil de las ciudades anseáticas, quedaran otra vez enlazados con la Alemania protestante por la comunidad de religión. En el año 1537 Bugenhagen coronó al rey Cristian III, y no había pasado todavía un siglo cuando los reyes de Dinamarca y de Suecia corrieron armados al socorro del protestantismo alemán, que estaba á punto de sucumbir ante sus enemigos. El gobierno democrático de Lubeck había mirado hasta el último instante á la Inglaterra como su única áncora de salvación; lo mismo hicieron algunos años después, con igual resultado negativo, los adversarios de Lubeck, los príncipes protestantes alemanes; porque la entrada de Inglaterra en el número de potencias protestantes era un suceso muchísimo mas importante que el triunfo de la reforma religiosa en los reinos escandinavos, pero la política eclesiástica de Enrique VIII dependía de la situación política general y además de los caprichos personales de este rey. Durante algún tiempo estaba el gobierno inglés

en camino de aproximarse al luteranismo, declarando libre el uso de la Biblia (traducida al inglés en 1535) y por la exposición oficial de artículos que en parte se aproximaban á los de la Confesión de Augsburgo (1536). En aquel tiempo mereció Tomás Cromwell, el sucesor de Wolsey, el sobrenombre de «martillo de los frailes,» y realizó sin consideración ni misericordia la gran secularización de los conventos; habiéndose calculado que fueron confiscados y desmembrados además de millares de fundaciones menores, 643 monasterios y conventos y 90 colegios, muriendo en el patíbulo 59 clérigos regulares, víctimas de la lucha contra el papismo cesarista del rey. Hasta las reliquias de Santo Tomás Becket fueron arrojadas al fuego, y el oro y las piedras preciosas de este y de otros relicarios fueron destinados al tesoro real. Sin embargo, en cuanto á los bienes inmuebles, la corona, como en Suecia, tuvo que dar su parte á la codiciosa nobleza y en esta distribución no fué olvidado el mismo Cromwell, elevado á la categoría de conde de Essex. En 1536 se levantaron los campesinos católicos en el Norte de Inglaterra á favor de los frailes y contra las herejías; pero pronto fué sofocada esta rebelión y el unificador de la fe que ocupaba el trono de Inglaterra sacrificó muchas víctimas á esta unidad, que había de ocupar un término medio entre Roma y Wittenberg, sin mirar si eran católicas ó protestantes. En virtud de los artículos sanguinarios de 1539 fueron decapitados católicos y quemados protestantes. En una palabra, los que pedían la comunión en ambas formas y la supresión del celibato y rechazaban la doctrina de la transubstanciación y la confesión auricular, se vieron tan amenazados como los partidarios del Papa; y el mismo Cromwell fué víctima de su sistema de terror cuando, con el fin de consolidar la unión de Inglaterra con los protestantes alemanes, proporcionó á aquel rey feroz su cuarta esposa, la princesa Ana de Cléveris, muy poco favorecida por la naturaleza. En julio de 1540 fué ejecutado Cromwell, sin que le valiera su práctica en la moderna política italiana para protegerle contra la ferocidad indómita de su soberano; y á pesar de ser el verdadero creador de la Iglesia anglicana, dispuso en su testamento que se dijera misas para su alma.

Entonces el protestantismo alemán entró en su crisis decisiva, que demostró que no era ya temible para el emperador, su adversario, una vez que no tenía el apoyo militar de una potencia extranjera.

CAPITULO VIII

DECADENCIA DE LA LIGA DE SMALCALDA

El quinto decenio del siglo XVI fué destinado, mas que otro período anterior en la historia de la reforma religiosa alemana, á los preparativos del gran golpe que dió Carlos V á los miembros reformistas del imperio. Verdad es que entonces negociaba el emperador con especial actividad con los herejes; y sin abandonar la idea de decidir la cuestión religiosa en un concilio general, procuró alcanzar el objeto de la unión por el camino mas corto de las pláticas religiosas; pero esta conducta amistosa del emperador parece haber sido inspirada solo por el deseo de triunfar sobre sus enemigos extranjeros con el auxilio de los protestantes para después, cuando le hubiesen ayudado á tener las manos mas libres, castigarlos y perderlos con mas facilidad. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que entonces mucho mas que antes el emperador trasladó el centro de gravedad de su política al imperio alemán; y la individualidad de este soberano, que fué cada día mas su propio ministro principal y general en jefe de sus ejércitos, se manifestó entonces decididamente,

sin que disminuya sus méritos políticos y militares el hecho de que sus contrarios le facilitaran todo su trabajo, ya que sin este auxilio involuntario de los adversarios el político mas eminente no obtendría ningun triunfo completo. A Carlos V favorecieron tanto la Francia como los protestantes alemanes después de la paz de Niza y del arreglo de Francfort con su gravísima negligencia política, pues en otoño de 1539 Enrique VIII llamó la atención del embajador francés sobre la situación del emperador, que se hallaba bajo la amenaza continua del sultan, tenía ofendida á la república de Venecia, á toda la Italia descontenta de él y las arcas imperiales estaban poco menos que exhaustas. Además de esto se había manifestado ya repetidas veces el descontento en los Países-Bajos con motivo de las crecientes exigencias de la política guerrera del emperador, dando lugar en 1531 y 1532 á sublevaciones en Lieja y Gante. Este descontento en 1539 degeneró en revolución en Gante, cuya población, con sus antiguas tendencias de independencia municipal, produjo en las clases mas bajas horribles escenas de justicia popular, con el propósito de saquear á las clases mas acomodadas y amenazando una anarquía general. Se trabajaba para arrastrar al movimiento á los campesinos flamencos, y los habitantes de Gante hicieron hasta proposiciones á Francisco I como antiguo señor feudal de Flandes. La situación no podía ser mas halagüeña para el rey de Francia; pero éste, en vez de aprovechar la ocasión, se apresuró á invitar á su nuevo amigo el emperador á tomar el camino mas corto, á saber, atravesando la Francia, para ir á los Países-Bajos, y Carlos V tuvo el valor de confiar su persona al soberano á quien antes había humillado de la manera mas imperdonable. El hecho fué que el emperador atravesó como en triunfo la Francia, cuyo rey rivalizó con las ciudades en honrar á su elevado huésped por medio de las demostraciones mas brillantes. La ciudad de Poitiers le presentó como recuerdo un águila de oro, y la de Paris le regaló una estatua colosal de plata dorada que representaba á Hércules. En semejantes circunstancias nada significaba la resistencia del populacho de Gante, y Carlos, después de haber hecho ajusticiar á unos veinte sublevados, pronunció la sentencia de muerte de las libertades de su ciudad natal, que por lo demás se hallaba ya desde algún tiempo en decadencia. Butzer llamó la atención del landgrave de Hesse sobre este ejemplo de lo que podía esperarse de Carlos V siempre que se encontrara en libertad de acción.

Carlos V ofreció entonces á Francisco I ceder al duque de Orleans, con la mano de su hija María, los Países-Bajos, á los cuales llamaba «sus verdaderas Indias,» es decir, su posesión mas preciosa; por cuya razón no es posible que se propusiera cumplir esta promesa, pues esta India europea unida á la Borgoña y á Gueldres y Zutphen, que habían de arrebatare todavía al ducado de Cléveris, hubiera formado uno de los mejores reinos de toda la cristiandad. Francisco I se guardó muy bien de tomar esta promesa por buena moneda; de renunciar, en cambio de una pura sombra, como él decía, á sus pretensiones sobre Flandes y la Italia, y aun menos de entregar la Saboya ni el Piamonte.

Poco después de estos sucesos amistosos, según las amenazas del rey, pareció inmediata la mayor guerra entre estos dos soberanos; y en todas partes, en Italia, en Alemania, en la frontera de Flandes y en Constantinopla enérgicamente las intrigas francesas trabajaron contra la casa de Habsburgo. La república de Venecia fué obligada por medio de una refinada traición á pactar, en mayo de 1540, una paz desgraciada con la Turquía; la sobrina del rey de Francia, Juana de Navarra, cuya mano había solicitado Carlos V para su hijo Felipe, fué casada con el duque Guillermo de Julich-Cléveris en julio de 1545; y pocos días después se firmó